

Entrar es fácil. Lo difícil siempre es salir.

Una de las leyendas urbanas divulgada en todos aquellos sitios donde cuentan con una laguna, río o charco grande, es la del muchacho que se zambulle en el sitio equivocado. Lo han prevenido contra el riesgo que supone un camión, un coche o una nave espacial escondida en el fondo del agua que atrapa al ignorante o al que desafía las voces de alerta. Nada lo salva de colarse por la puerta, que tras atravesarla, se cierra pesadamente. La víctima se afana en abrirla. Parece que gritara en la profundidad. Cientos de miles de personas deben de haber muerto ahogados en esa trampa del destino. Fácil les es entrar, pero imposible salir.

Lula, Jimena y Norberto aspirarán a salir del conjunto de casitas mudas, que empiezan a vislumbrarse húmedas por las primeras gotas infantiles de lo que se avecina. Las nubes son una protuberancia hecha de jugadores de rugby apelmazados en un *scrum* final. Los brazos y las piernas negras de los que se van uniendo rugen en cada intento de sumar fuerzas. El rotundo fin del mundo que se avecina con las trompetas de una tormenta diseñada para la Pampa Húmeda. Todas ahí, resonando sobre el barrio Carlos Gardel.

Cuando se quieren dar cuenta, la lluvia se hace chaparrón. Norberto quiere correr, pero Jimena y la suegra no pueden. Los tres se van mojando, haciéndose señas mudas y exasperadas.

—Entramos por allá, ¿lo ven? Tenemos que salir por allá —dice Lula.

–No, en esa esquina dimos la vuelta. Mejor por acá que hay una placita –señala Norberto.

Las dos lo siguen y se encuentran con esa placita que no es más que un cuadrado gigante de cemento, con un tobogán por el que ahora descien- de un riacho divertido.

–Esta plaza... ¿Se acuerdan que pasamos esta plaza? –las dos mujeres asienten pero no están se- guras.

Y para colmo sin un solo paraguas, piensa Ji- mena.

Debería haber salido con Venturino, las calles del barrio son todas iguales, se remuerde Norber- to.

No tendríamos que haber venido a esta peste de lugar, se dice Lula.

Apenas cruzan la plaza aparece un bloque igual de casas. Los laberintos son laberintos porque la salida no se encuentra nunca donde los indicios apuntan a que aparecerá.

Todo lo que tiene de maravilla lo tiene de pa- vor. Sus ventanas verdes, sus ladrillos a la vista, sus canillas desnudas en la puerta del jardín, sus porches con baldosas rojas. Las casas son idénticas, las calles son muy parecidas y la lluvia, con la fie- reza de su líquido, espanta la posibilidad de en- contrar algo.

Cae el agua y la tarde. Un deseo íntimo que lla- ma a un escenario de sofás mullidos en el interior de un salón, unos cafés calientes, una película en la televisión.

De tanto caminar bajo la lluvia, Dios les tiende un cable y a los lejos aparece una bolita, como una manzana flotando en el río. Es el Fiat 600 que en medio de la calle de tierra los invita a huir.

Se meten como pueden. Verse tan mojados adentro del tapizado tan seco y tan recalentado del día terrible los enferma. Jimena quiere reírse, Lula quiere llorar, Norberto mete la llave y arranca el motor. Lo deja calentando mientras mira los claros que abre la escobilla del limpia-parabrisas.

–Arranquemos, mi amor, me está dando miedo.

–Listo, nos vamos –promete Norberto, pensando que otra vez tendrán que jugar al juego de atravesar las calles iguales, las casas iguales, las ausencias de indicaciones.

El Fiat 600 quiere escaparse, aunque no sabe bien de qué.

En segunda marcha, lentamente, intentando cruzar cada calle de tierra que durante trayectos se convierte en un barro compacto.

Lula reza moviendo los labios.

En el techo del coche repican gotas como balas, al parabrisas llegan vendavales, olas californianas.

–¿Y si ponemos la radio para relajarnos? –sugiere la vieja que no sabe que ese coche no tiene radio. Jimena y Norberto suspiran, no se miran. Él lleva la mano derecha sobre la palanca de cambios. Ella se acaricia la barriga.

Lo que podía suceder, sucede. El coche se queda atascado en medio del barro. Los corazones se

encogen. El Banco Hipotecario Nacional debe avisar a sus clientes que si visitan los barrios en construcción, una tormenta infinita puede apresarlos y dejarlos varados como marionetas rotas. El puto Banco Hipotecario Nacional. A alguien hay que echarle la culpa.

Norberto sale bajo el chaparrón y se dispone a ver de cerca la tragedia. Son las dos ruedas de adelante, clavadas en un hundimiento que deben de haber dejado los camiones que entran y salen. Hace visera con una mano y ve a no más de dos metros. Alrededor se divisan fachadas flamantes en el vacío. Quiere volver al coche y no, porque las noticias que tiene para dar no son buenas.

–Como está la cosa es imposible sacar al coche. Esperemos a que pare la lluvia y vemos. O no sé...

–¿Cómo no sé? –grita Lula.

–Mamá, no empieces, por favor, que me duele la panza.

Lula y Norberto se miran.

–¿Mucho, te duele mucho? –se preocupa Norberto.

–No, un poco, pero no sé. Aunque parezca una locura, yo creo que esto no para. Tendríamos que salir y buscar un lugar, a alguien que nos pueda decir cómo podemos volver hasta Avellaneda.

–Es que acá no hay nadie, mi amor. Estamos en medio del campo. Para llegar a algún lado tenemos que hacer veinte minutos de coche.

–Sí, pero si la chica necesita un médico, tenemos que salir como podamos –se impacienta Lula.

–Vamos a hacer una cosa: salgo yo en busca de quien sea y vuelvo a buscarlas.

–No, Norber, si salimos, salimos los tres. A mí me da miedo quedarme sola acá con mi mamá –musita Jimena mirando a su madre.

Por el barro de las calles se arrastran unas lagartijas resplandecientes. Cae una teja a lo lejos; el ruido, al quebrarse, afina con los sonidos de las gotas. La cortina de agua de esa novecita tiene algo de bautismo y de limpieza. El aire huele a frescor, a condena de tanto verano delirante. La sinfonía entera tiene algo de justicia definitiva, de moraleja bestial.